



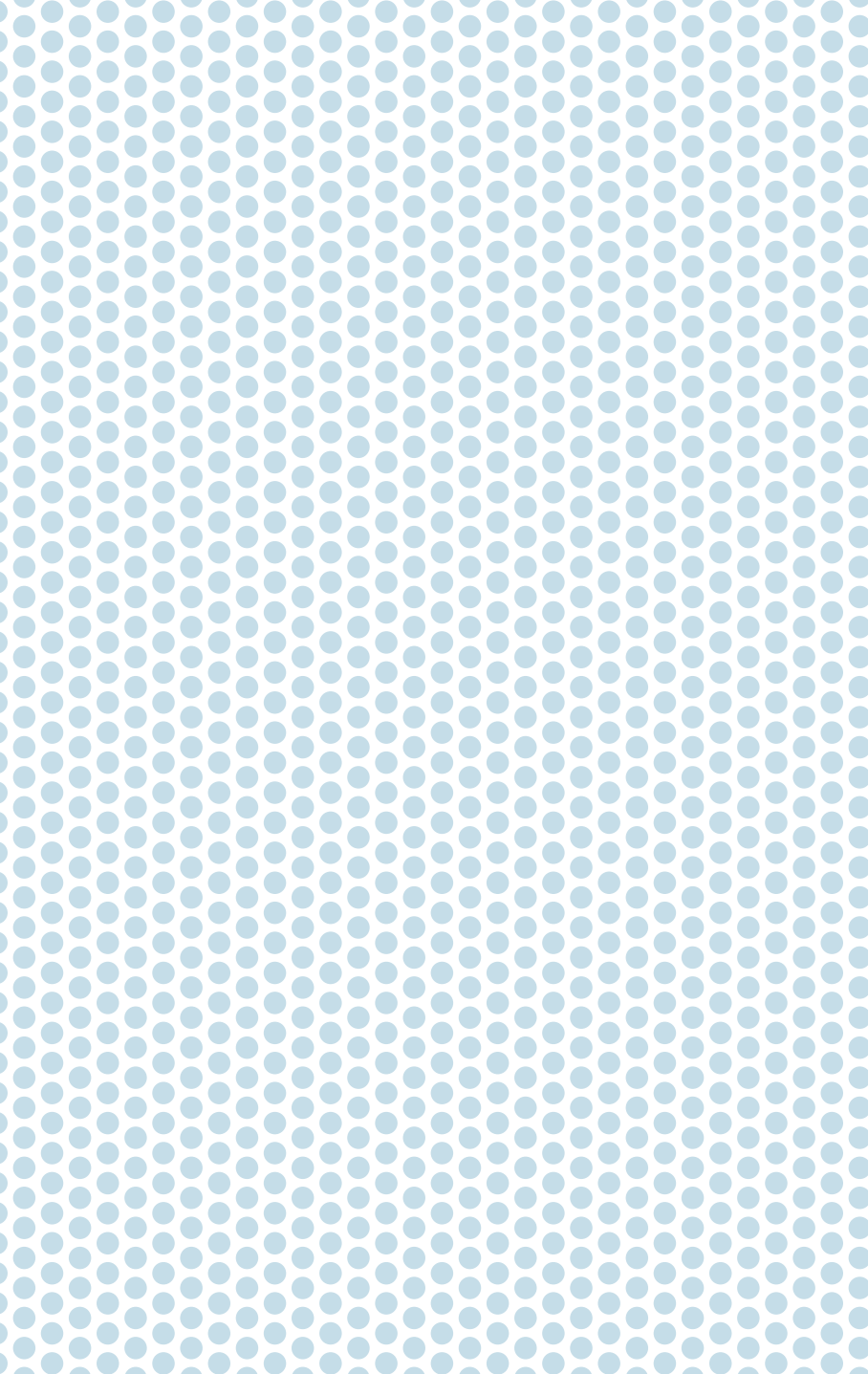
EL BARCO
DE VAPOR

El ladrón de mentiras

Roberto Santiago

Ilustraciones
de Dani Padrón







EL BARCO
DE VAPOR

El ladrón de mentiras

Roberto Santiago

Ilustraciones de Dani Padrón





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en

www.fundacion-sm.org

LITERATURAS**SM**•COM

Primera edición: abril de 1996

Vigésima novena edición: julio de 2018

Gerencia editorial: Gabriel Brandariz

Coordinación editorial: Carolina Pérez

Coordinación gráfica: Lara Peces

© del texto: Roberto Santiago, 1996

© de las ilustraciones: Dani Padrón, 2018

© Ediciones SM, 1996, 2018

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323 / 912 080 403

e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-9107-792-3

Depósito legal: M-17125-2018

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

● 1

MI NOMBRE ES FERNANDO, acabo de cumplir diez años y soy un mentiroso. Esto no es lo más importante, pero conviene no olvidarlo.

Todo el mundo me dice lo que tengo que hacer, y me preguntan a todas horas de dónde vengo, adónde voy, si he hecho los deberes, si me he cepillado los dientes o si me he comido el bocadillo de salchichón; no me gusta nada el salchichón, ni siquiera me gusta la palabra «salchichón». La única cosa que no me preguntan es si les estoy diciendo la verdad. He descubierto que les digo cualquier cosa y se quedan tan tranquilos. Así que no me dejan otra solución: les miento todo lo que puedo.

Yo no quiero engañar a mis padres ni a mis profesores ni a nadie. Solo tengo curiosidad. Tengo muchísima curiosidad por todo eso de las verdades y las mentiras. Dicen que es bueno que los niños tengan curiosidad. A otros críos les da por meter los dedos en los enchufes. A mí nunca se me ha pasado por la cabeza meter los dedos en ningún enchufe ni en ningún agujero negro y desconocido. Pero lo de las verdades y las mentiras, eso ya es otra historia. He oído en el colegio (y cuando hice la catequesis de la primera comunión, y en mi casa, y en un montón de sitios) que



mentir es pecado y que si lo haces te vas de cabeza al infierno, y además, por lo visto, te pueden castigar sin postre o sin partido de fútbol o sin ir al cine o cosas así.

Pero he descubierto que todos esos castigos no son por mentir, sino por mentir mal. Si nadie se entera de que has dicho una mentira, no te castigan. Conque, puestos a mentir, más vale hacerlo bien.

Me pregunto si para mentir será suficiente con no decir toda la verdad, o si hay que mentir a conciencia; o sea, decir algo verdaderamente falso.



Creo que todo empezó el curso pasado, cuando vi a García Canuto copiar en el examen de matemáticas de la segunda evaluación. García Canuto se sienta en la tercera fila y está gordo como uno de esos gordos realmente gordos que ni siquiera pueden saltar el potro o subir la cuerda de nudos. Le vi hacerlo: sacar una chuleta y copiar con ganas. Aunque no quería, le vi. Pensé que si no se lo decía a nadie, me estaba callando una cosa que era verdad, porque el profesor había dicho en voz alta que si veíamos a alguien copiando, fuera quien fuera, teníamos que decirselo.

Por lo tanto, si me callaba, era un mentiroso.

Y mentir está mal, y es pecado, y si alguien se enteraba me iba a quedar sin ir al cine el sábado, y yo no quería ser un mentiroso. Así que le pregunté a Paco, que es mi hermano mayor, qué tenía que hacer.

—¿Tú quieres chivarte? —me preguntó él.

—Chivarme no —dije—. Pero mentir tampoco.

—Pues si el profesor te lo pregunta, díselo. Y si no te pregunta nada, olvídate del tema.

Mi hermano tiene respuesta para todo.

—Yo creo que si me callo es igual que mentir —dije.

–Para nada. Si estás callado, no mientes. Simplemente, no dices una verdad ni tampoco una mentira.

Esto era nuevo para mí. Resulta que hay cosas que no son ni verdad ni mentira. No termino de entenderlo.

Me callé y no le dije nada al profesor; pero, desde entonces, cada vez que hay un examen me parece que García Canuto va a empezar a copiar otra vez, y que yo tendré que volver a mentir por su culpa. Una vez que empiezas, ya no sabes cuándo vas a parar.

Mi padre siempre dice que los políticos son unos mentirosos. No sé si se refiere a todos los políticos o solo a algunos que no le caen bien. Pero el caso es que lo dice muchas veces, como si fuera una cosa que le molesta tanto que está dispuesto a pegarles una paliza a todos ellos.

–Estos tíos mienten más que hablan –dijo mi padre un día que estábamos viendo la televisión mientras comíamos.

–¿Cómo sabes que están mintiendo, papá?
–pregunté yo.

–¡Ja! ¿Que cómo lo sé? ¿Que cómo lo sé? Si se les nota en la cara, por favor... Se pasan el tiempo prometiendo cosas a la gente que luego no cum-

plen... No te fíes nunca de los políticos, Fernandito. Mira qué cara de mentirosos tienen.

Se les notaba en la cara. Pero ¿en qué? ¿En los ojos? ¿En la boca? A lo mejor a mí también se me notaba.

–¿A ti te han engañado muchas veces los políticos, papá?

–Uy, no, a mí no, porque yo no me creo nada de lo que dicen... A mí estos no me engañan, yo soy perro viejo.

–Entonces, no te han mentido nunca.

–Sí, claro que mienten, a mí y a todo el mundo. Solo que yo no les creo. Nadie se cree ya las tonterías que dicen... Se pillan antes a un mentiroso que a un cojo.

Pues a mí no me había pillado el profesor de matemáticas.

Claro que yo no estaba seguro de haber dicho una auténtica mentira.

Pues bien, después de decirme tantas veces que mentir era lo peor del mundo y que era un pecado y todo eso, una mañana, mi padre dijo una mentira.

Fue un día que me llevó al colegio en su coche. Normalmente venía a recogerme el autobús de la



ruta, pero ese día mi madre no estaba, y nos quedamos dormidos, y perdí el autobús. Yo tenía un examen de sociales a primera hora. Así que nos fuimos sin desayunar ni nada, corriendo a todo correr.

Cuando llegamos al colegio ya habían empezado las clases, y el profesor de sociales, que además es el jefe de estudios, se puso delante de mi padre y dijo que yo no podía entrar hasta la hora siguiente. Le pedí por favor que me dejara hacer el examen, pero me respondió que eran las normas: el que llegaba tarde se quedaba en el pasillo hasta la hora siguiente.

Miré a mi padre, que hasta ese momento se había quedado a mi lado sin decir nada. Los dos sabíamos que la culpa era suya porque se le había olvidado poner el despertador.

Mi padre abrió la boca, y ocurrió.

Dijo una mentira gigantesca. Una de esas mentiras que yo pensaba que te condenaban al infierno.

—Hemos tenido un accidente con el coche —le dijo al profesor—. Por eso hemos llegado tarde.